MANUEL M. MAGALLANES

EL CAMINO DEL INCA

UNIVERSITY OF ILLINOIS LIBRARY

JUL 25 1917

De la **Revista de la Sociedad Chilena (de Historia y Geografía,** tomo III)

SANTIAGO DE CHILE
MPRENTA UNIVERSITARIA
Bandera 130
1912

LIBRARY
UNIVERSITY OF ILLINOIS
AT URBANA-CHAMPAIGN

IMPRENTA UNIVERSITARIA
BANDERA 130 SANTIAGO

913.83
M27c

EL CAMINO DEL INCA

Para presentar con algun mayor interés el trabajo que se ha servido encomendar la Sociedad de Historia a nuestras escasas fuerzas, y que vamos a pretender bosquejar, será menester retroceder muchos siglos hacia el pasado muy lejano.

Nos habremos entonces de encontrar al frente de la raza aborigen de Chile, que la prehistórica se pierde en la profundidad de los tiempos, nos encontraremos ante el poderoso Imperio Incásico, resplandeciente de riqueza y de soberbia, que ostentaba la coronada grandeza del Cuzco, su capital, asiento de su monarca omnipotente.

Abordaremos, pues, este asunto, superior por cierto a nuestro esfuerzo, y más o menos desconocido, y por sobre el cual han pasado demasiado rápidamente hombres eminentes, viajeros distinguidísimos por su amor al estudio y geógrafos de merecida nombradía.

I

La Invasión

El poderoso Tupac Yupanqui, Inca, que lo mismo da Emperador de los Quichuas, principió a sentirse estrecho

dentro de sus extensos estados. Pensó en conquistar nuevos dominios, y dirigió sus ojos hacia el Tucumán, región que sus emisarios le pintaron como privilegiada por su riqueza, sus grandes ríos, sus inagotables minas y que allegaría mayor grandeza al Imperio.

El alentado monarca dirigió sus soldados hacia el Norte de lo que más tarde sería el virreinato de Buenos Aires, y empeñado en la tarea estaba cuando oyó hablar allí de un país maravillosamente rico, que se guarecía entre elevadas montañas y el mar inmenso.

La ambición del Inca se despertó y resolvió la conquista del país escondido más allá de las lejanas montañas.

El impetuoso Tupac Yupanqui aseguró la posesión de los enormes territorios que acababa de dominar, y moviendo su ejército, se presentó a las puertas de Chile, frente a Aconcagua.

Como hombre bravo entró en el país y lanzó sus soldados sobre la escondida región que, por otra parte, estaba muy lejos de ser lo que las interesadas noticias de los vencidos de Tucumán le habían dado, porque si bien era hermoso el nuevo país, se halló ante una raza pobre, atrasada y que vivía de las frutas de sus selvas.

El país presentaba hermosos bosques, ríos caudalosos, en fin, una generosa naturaleza: que de regreso hacia el Cuzco habría de ser recordada muchas veces por el orgulloso Tupac, durante su marcha por el árido y candente despoblado del norte, repleto de montañas asperísimas, menos inclementes, sin duda, que la caldeada llanura que moría bajo la ardiente mirada de un sol implacable.

Como se ha dicho ya, el Inca entró a Chile por Aconcagua, y al volver a la capital de sus estados, dejó en el

país sometido, una guarnición capaz de sostener su dominio. La campaña había durado como seis años, circunstancia que demuestra las dificultades que había encontrado para llevar a este término sus proyectos, no obstante que las tribus sometidas en Chile, eran más o menos pacíficas.

El Desierto, ruta elegida para el regreso, devoró muchos soldados, y sus huesos blanquearon por largos años sobre las candentes arenas del terrible despoblado.

Con tal motivo se mandó construir el camino que más tarde recorrería el heredero de Tupac Yupanqui, Huaina Capac (mancebo rico) que, a poco de subir al trono, emprendió la segunda campaña sobre Chile.

En su momento habremos de exponer algunas ideas acerca de cuál de estos monarcas ordenó la construcción del Camino del Inca; mientras tanto, parece necesario hacer mención, a grandes rasgos de la segunda campaña incásica, dirigida por Huaina Capac en persona, según algunos, y por sus generales, según otros.

El ejército partió del Cuzco y se internó en el Desierto para venir a acampar en San Pedro de Atacama, a orillas del río del mismo nombre, en medio de una extensa llanura cubierta de grama silvestre, arbustos y tupido bosque de algarrobos y chañares. Tiempo después vino a establecer su campamento, también en este mismo lugar, Don Diego de Almagro, a la fecha del descubrimiento de Chile, y más tarde Don Pedro de Valdivia.

El fraile D. Cristóbal de Molina, que acompañó a Almagro, dibujó la región que su jefe recorrió; pero, ese dibujo se perdió para siempre, o su paradero se ignora.

Este documento habría tal vez venido a precisar el hecho de si Almagro entró a Chile por el paso de San Francisco, o por Pircas Negras, a Copiapó.

A este respecto dice San Román en su obra, *Desierto y Cordilleras de Atacama:*

«En el pueblo argentino de Tinogasta hay al respecto algunas tradiciones, dándose por punto de su itinerario ese mismo pueblo y el curso del rio adentro penetrando por la «Troya,» cruzando el «Majiaco» y siguiendo el Camino a Copiapó por la «Estanzuela» y «Paso de Pircas Negras», a cuyo pie, cayendo a Chile, se encuentra el tradicional «Peñasco de Diego», que se supone llevar ese nombre en recuerdo del lugar donde el Conquistador descansó por primera vez en tierra de Chile.»

El Capitán don Melchor Jufré del Aguila, personaje demasiado conocido para que necesitemos darlo a conocer, en su *Compendio Historial del Descubrimiento y Conquista del Reino de Chile,* páginas 49 y 50, al tratar de la venida de Almagro a Chile, se expresa en términos que hacen creer que el valiente y caballeroso Don Diego entró a Chile por el Desierto, y no siguió las asperísimas gargantas de la altiplanicie de los Andes, para atravesar éstos y entrar a Copiapó.

El referido Capitán escribe así:

«Partió pues con trescientos caballeros
O poco menos de a caballo todos,
La vuelta de Atacama, con intento
De reconocer solo, caminando
Lo mas de aquel verano, y enterarse
De lo que era aquel Reino de donde iba
Tanto oro y tantas muestras de riqueza.

«Cerca del mismo trópico llamado
De Capricornio, un despoblado tiene
De 90 a 100 leguas, muy estéril,
Hasta llegar a un valle que se llama
Copiapó, que es principio ya de Chile.

«Pasó este despoblado, pues, Almagro
No sin trabajo mucho, con los guías
Que de los mensajeros de los Incas,
Que habían llevado el oro haber pudieron
Y con cuidado grande conservaron
Por saber mucho ya de aquella lengua
Que en Chile es general (aunque difieren
En algo unas provincias de las otras).

«Halló del despoblado en las aguadas,
Que son pocas y malas, muchas cruces,
Cosa que le admiró con razón, mucho,
Y preguntando a aquellos guiadores,
Si habían pasado por allí cristianos,
O quién aquella insignia puesto hubiese,
No lo osaban decir como ello era.
Y solo que Birinto respondían.»

Los guías del Capitán se referían al soldado Alonso de Barrientos, de pésimos antecedentes, huído de los españoles, y el primero que llegó a Chile, después de atravesar el desierto, seguramente por el Camino del Inca; hecho verdaderamente extraordinario y de muy difícil explicación.

El despoblado a que se refiere Jufré del Aguila ¿sería el «Campo del Arenal», que Almagro encontró en su camino de la altiplanicie? De acuerdo con ello estaría la tradición de Tinogasta.

El señor Barros Borgoño, en su *Curso de Historia*

General, asevera que Almagro estudió previamente cuál camino de los dos que habían, tomaría para venir al descubrimiento, y optó por el más largo, o sea, el de la altiplanicie de los Andes. Y agrega el señor Barros Borgoño, que Almagro tenía que atravesar regiones ásperas, llenas de indios muy guerreros y feroces.

A mayor abundamiento, da un itinerario muy preciso de la marcha que hizo el valeroso Descubridor, y hemos de consignarlo en esta ocasión, porque así hemos de convencernos de que Jufré del Aguila incurrió en error evidente.

ITINERARIO:

Salida del Cuzco.

A la región del Collao y lago Titicaca.

A Paria.

A orillas del lago Pampa Aullagas.

A las serranías de Chichas.

A Tupiza.

A lo largo del río Jujuy.

Al llano de Chicoama.

A Salta.

Hacia la Cordillera, después de grandes penalidades a causa del paso de ríos difíciles.

Al valle de Santa María.

A Campo del Arenal (grandes médanos).

Al paso de San Francisco.

Penetra en Chile.

Por los valles interiores de la Cordillera.

Por Pircas Negras.

En Copiapó.

Juzgo necesario seguir a Almagro en su viaje al sur de Copiapó.

Desilusionado por completo acerca del país, el Descu-

bridor vuelve al Norte y entónces sí que tomó el Desierto de Atacama, el camino del Inca, se inclinó después al mar, tomó el camino de la costa hasta Chincha y por él siguió hasta el Cuzco.

En esta marcha Almagro demostró grandes cualidades militares, porque no perdió un solo soldado de su tropa, aumentada a la salida de Copiapó, con el refuerzo que le trajo el capitán Rui Díaz.

Perdónesenos la disgresión; pero, nos ha parecido demasiado interesante.

Dijimos antes, que el ejército incásico avanzó por el maravilloso camino que Tupac Yupanqui, había mandado construir y, después de no muchas jornadas, estableció su campamento en Copiapó, Copayapu, que para don Alonso de Ovalle quiere decir: «Sementera de turquesas», y para otros «Copa de Oro», porque en aimará «Yapu» es «oro».

Tupac, primer Conquistador, avanzó hasta Aconcagua solamente; Huaina Capac hasta el valle de Maipo, para regresar al Norte. Sus generales llevaron sus armas hasta el Bío-Bío.

Aquí fueron rechazados hasta la margen norte del Maule, que fué el límite definitivo de la conquista.

El Inca estableció dos Curacas (Gobernadores): en Coquimbo, uno; en Maipo, el otro.

Más tarde sobrevino la guerra civil entre Huáscar y Atahualpa, y la dominación de los incas terminó en Chile, porque fueron retiradas las guarniciones que existían en el país, y los naturales se levantaron en armas, y los Curacas mismos tuvieron que someterse y entrar en el movimiento, que determinó la pérdida de estas provincias para el Imperio de los Incas.

II

La invasión como elemento civilizador

No podemos resistir al deseo de considerar, aunque sea muy de ligera, un punto de verdadera importancia dentro del conjunto que vamos buscando para cumplir el encargo de la Sección de Historia.

¿Cuál era el grado de civilización que existía en Chile en la época de la conquista del país por los Incas?

¿Allegó ésta elementos de mayor civilización?

Todos los autores que han tratado esta materia contestan afirmativamente esta última pregunta.

En efecto, a la época de la invasión quichua, los naturales de Chile se hallaban diseminados en los valles y montañas haciendo la vida más penosa, generalmente desnudos, alimentándose de frutas silvestres y casi nunca de carne, por no existir en el país animales que pudieran proporcionársela. No existían ni ganado mayor, ni menor, ni aves caseras de especie alguna.

El vestido era realmente primitivo; solo por excepción solía verse a los indios cubiertos con la piel de algún animal cazado en los bosques, y no se tenía ni idea de los tejidos de lana o algodón.

Tampoco se conocían útiles caseros, ni los más rudimentarios, careciendo, asimismo, de los más groseros objetos destinados a la cocción de alimentos sólidos o líquidos, o a la guarda de ellos.

Las habitaciones eran construcciones miserables, trabajadas con palos sin labrar y ramas. Pequeñas fogatas en-

cendidas en el centro de la fría ruca servían de lumbre y abrigo en las crudas estaciones invernales.

En una palabra, el indígena de Chile era hombre verdaderamente mísero. Cuando los años eran malos y escaseaba el alimento, el indio no desdeñaba los sapos, ni otros reptiles.

Es de todo punto evidente que la conquista produjo inmensos beneficios. El invasor trajo consigo familias enteras que radicó en el país, que pertenecían a pueblos de avanzada civilización; introdujo el maíz (zara), los fréjoles, la especie denominada «purutu pallar», y con solo ésto principió a cambiar el régimen alimenticio del chango y del picunche y cuando el cultivo de aquellos se extendió por el país en términos realmente prodigiosos, como era de esperarlo de tierra tan fecunda y generosa, el indio de Chile tuvo sustento abundante y seguro, quedando así a cubierto del hambre que tantas veces experimentó en su ruca vacía, en medio de la cual se veían tan sólo apagadas cenizas.

El invasor trajo, asimismo, el guanaco y con él la carne, el abrigo y un medio de transporte. Su lana, ante los admirados ojos del indígena, se transformó en vestido y en abrigo, y las robustas y hermosas formas de nuestro indio abandonaron el vestido de hojas que antes le suministraran los seculares árboles de sus espléndidas selvas.

La industria alfarera nació entonces, así como principió a nacer la industria de la minería con la explotación del oro, que, convertido en tejos, era el tributo que los Incas habían impuesto al país conquistado y que por valor de $ 100,000 más o menos, se enviaba cada año al Cuzco para el Tesoro imperial.

La alfarería dió al indio todo aquello de que carecía:

ollas, cántaros, vasos. pequeñas herramientas para el uso doméstico, y fué abandonado el sistema de cocción por medio de las ardientes piedras que, junto con el alimento que se deseaba preparar, se colocaban en la mísera batea de madera.

La influencia de la invasión se extendió hasta la cesación de las continuas guerras en que se agitaban las diferentes tribus, quietud que se dedicó al trabajo, a la siembra, al laboreo de las minas, a la apertura de canales de regadío que, según se asevera, existen aún en la actualidad, en forma de poder reconocerse con cierta facilidad.

Este conjunto de progresos cambió la faz de Chile en la parte dominada por los Incas y también más al sur de ella, porque si las tribus del sur resultaron tan indómitas y bravas, puesto que rechazaron con verdadera ferocidad a los ejércitos del Inca y los arrojaron hacia el Norte, hasta hacerlos repasar el Maule, no pudieron menos de reconocer el bienestar de sus vecinos y, por lo tanto, tomaron para ellos todos los beneficios, conservando el bien de su libertad, que amaron sobre todas las cosas.

Considero que no está de más cerrar este párrafo haciendo recuerdo de las *naciones bárbaras* del Reino de Chile en la época de que tratamos, según las menciona el Coronel don Antonio de Alcedo en su *Diccionario Geográfico e Histórico de América.* Es nomenclatura curiosa, que difiere por completo de lo que se nos ha enseñado.

Es la que sigue:

Antallis	Cauquis
Araucanos	Chauracabis
Guarpes	Juncos
Pehuenches	Pevingües
Pincus	Poyas-Payas y
Pulches	Yanacunas

Don Joaquín Santa Cruz, en su libro en preparación, *Historia de la Serena*, uno de cuyos capítulos tuvo la bondad de proporcionarnos, trata con mucho acopio de datos muy interesantes de los primitivos habitantes de Chile, de los que nada más queda que los antiguos sepulcros de la costa. La segunda población primitiva, anterior siempre a la que encontraron los Incas, ha sido, en concepto de Santa Cruz, la que vino desde «las Punas» por el Norte, y que fundó los pueblos de Chiu-Chiu, y Calama, llegando hasta Chuapa; la misma raza que pobló a Jujuy, Salta Tucumán, etc.

III

El Desierto de Atacama

¿Qué es el Desierto, ese Despoblado de Atacama tantas veces mencionado por numerosos autores, desde los tiempos de la expedición de Almagro?

Indiscutiblemente, bien pocos podrían dar una respuesta satisfactoria sobre esta materia, y bien pocos también aquellos que pueden darse cuenta de qué es y cómo es el célebre despoblado. Nosotros mismos lo ignorábamos, y, en este momento, creemos estar a medio camino en el conocimiento de este asunto.

Debemos, sin embargo, colocarnos en condiciones de saber apreciar la gigantesca obra emprendida y terminada por los Incas al través de región tan totalmente desamparada, y a este fin trataremos de describir, medianamente que sea, el temeroso llano que abarca 240,000 kilómetros cuadrados, comprendida la Puna de Atacama, que en mala hora salió de nuestro poder, por haberse creído que

ella era sólo páramos, montes, llanos salvajes y regiones inclementes, incapaces de producir una brizna de yerba o una fanega de cualquiera cosa. Más tarde, las venideras generaciones se persuadirán del errado criterio de nuestros hombres públicos, que en la Puna sólo vieron ardientes arenas y desnudas y quemantes rocas, y que por tales razones pasó a acrecer el enorme patrimonio del Estado vecino.

El Despoblado de Atacama propiamente dicho, se extiende desde el Huasco al Loa, 7° geográficos, más o menos.

No es su suelo de consistencia arenosa, siendo más bien la costa la región de los médanos y dunas viajeras, sino de limo arcilloso, amasado con pedrisco anguloso, arena fina en algunas partes, más generalmente hacia el Norte, y tierras alcalinas y salitrosas.

Todos los autores están de acuerdo en que el Desierto es un gran plano inclinado que baja hacia el mar, debido esto al acarreo de piedras y tierra que arrastraron las aguas de enormes lluvias y los torrentes cordilleranos; rellenando así bajos y nivelando las primitivas asperezas del suelo, hasta transformar el llano en pampas y anchas cañadas que, a lo largo y al través del territorio, ofrecen continua y pareja superficie, a veces interrumpida por tajos y cauces que interceptan su continuidad, y por saltos o rápidos, cerros o protuberancias transversales que desfiguran el declive.

El suelo natural, el piso de cascajo y tierras alcalinas, ha sido el único camino, la única ruta que la industria minera ha podido aprovechar en el Desierto para su difícil acarreo y tránsito de viajeros, más difícil aún.

El distinguido ingeniero don Francisco J. San Román, en su importante obra *Desierto y Cordilleras de Atacama*, resultado de largos y pacientísimos trabajos, que fueron hechos en obedecimiento a un encargo de la Administración Balmaceda, ofrece tan atrayente descripción del Despoblado de Atacama, que no podemos resistir a darla aquí:

Dice el señor San Román:

«A falta de lluvias, de torrentes, de insectos y de la impenetrable vegetación que a los exploradores de otras más felices y privilegiadas regiones atormenta obstruyéndoles el paso y desesperándolos de fatiga y sufrimientos, el Desierto de Atacama tiene sus vientos, el calor del día y los hielos nocturnos, la sequedad atmosférica y la implacable esterilidad del suelo, como principales enemigos.

«Árida y monótona llanura que fatiga la mirada con un horizonte diáfano, a través de un aire que parece hervir y estremecerse de calor; interminables valles, emparedados entre murallas de roca desnuda y superficie pulimentada que refleja los rayos del sol y los concentra sobre la cabeza del viajero; desfiladeros ásperos, solemne naturaleza, inefables efectos de luz y colorido, tan sólo propios de los áridos desiertos.

«Sus extraños y maravillosos efectos de refracción y espejismo que transforman y modifican el seco y monótono paisaje, cambiándolo súbita o sucesivamente como inmenso escenario de teatro, en decoraciones marinas de efecto fantástico y belleza incomparable; así aparecen en plena luz sus gargantas profundas, con sus paredes a pique o dilatadas en anfiteatro, con sus columnas y murallas pintadas de abigarrados colores y luego, en el espacio libre y en las alturas, la inmensidad del suelo tendida a los

pies del observador como interminable lienzo dibujado por primoroso pincel.»

He aquí descrito magníficamente el Desierto, que, como toda naturaleza salvaje, tiene sus bellezas y tiene su grandeza, bien observadas y percibidas por San Román, hombre de gran cultura y observador finísimo de las hermosuras de la Naturaleza.

No obstante, allí están como eternos guardianes de tales bellezas, el calcinado suelo, el implacable sol, la fatiga, la sed y el hambre, que no fueron bastante fieros para poner miedo en el corazón de Don Diego de Almagro primero, y de Don Pedro de Valdivia después, que con un puñado de hombres animosos desafiaron a la muerte y vinieron a clavar en Chile la gloriosa bandera de Castilla.

El Inca Tupac Yupanqui, en su regreso al Cuzco, opulenta capital de su Imperio, acrecido con la conquista del Tucumán y de Chile, atravesó con su ejército el Desierto, dejando sin duda un reguero de muertos en su camino del desamparado llano, desconocido para él y sus tropas, y, a su arribo al Cuzco, pensó en que era necesario continuar la conquista apenas emprendida. Surgió entonces la necesidad de establecer una comunicación con Chile, y se mandó construir el famoso camino denominado «del Inca».

IV

El Camino del Inca

Los autores que hemos consultado atribuyen esta gigantesca obra a Tupac Yupanqui unos, y los más, a su hijo y sucesor el Inca Huaina Capac.

Barros Arana atribuye esta obra a este último. En su *Historia General de Chile* y hablando del reinado de Huaina Capac, dice:

«El Gobierno Imperial, según su sistema político, hizo arreglar algunos caminos y mandó extender hasta Chile, por el Desierto de Atacama, uno que partía del Cuzco y que le servía para estar por medio de sus correos en comunicación con las provincias más remotas de sus Estados.»

Y Paz Soldán, en su *Geografía del Perú:*

«El espléndido templo del Sol en Pachacamac, el palacio de los Incas en el Cuzco; la fortaleza de esta ciudad y los dos grandes caminos de 1,500 millas de largo que de ella partían para Quito y después para Chile; el uno por entre montañas y precipicios y el otro a lo largo de la costa, son, hoy mismo que se conoce bien la mecánica y otras artes, obras colosales que llenan el espíritu de asombro y admiración.»

Paz Soldán no expresa cuál de estos Incas mandó construir el admirable camino que partiendo del Cuzco llegaba a Lima y Quito por el Norte y a Santiago, en Chile, por el Sur.

Digo que también a Lima, porque así lo asevera don Antonio de Alcedo en su *Diccionario Geográfico e Histórico de América*, y otros autores.

Garcilaso de la Vega dice que esta obra «se atribuye» a Huaina Capac.

Agustín de Zárate expresa que la construyó este monarca.

Pedro de Cieza de León consigna los nombres de «Guainacapa» y «Topainga Yupangue».

Juan Botero Benes, citado por Garcilaso, no da el nom-

bre del monarca autor de esta construcción; pero, en cambio, hace una bellísima descripción de ella, dándole 2,000 millas de largo y 25 pies de ancho.

Es muy general en Chile la creencia de que el Camino del Inca es nada más que la obra gigantesca que los Incas mandaron construir al través del Desierto de Atacama. Sin embargo, el esfuerzo de esa pujante raza realizó una obra verdaderamente colosal, estupenda, porque si el camino del Desierto tiene más o menos 800 kilómetros de desarrollo, y si fué trabajado con imponderable esfuerzo, no es él la parte más difícil, ni la más dilatada.

Oigamos lo que se ha escrito acerca de esta materia.

Garcilaso dice que es justo hacer mención de los dos caminos reales que hubo en el Perú «a la larga Norte-sur».

«El uno, que va por los llanos, que es la costa de la mar, y el otro por la sierra, que es la tierra adentro, de los cuales hablan los historiadores con todo buen encarecimiento; pero, la obra fué tan grande que excede a toda pintura que de ella se pueda hacer.»

Agustín de Zárate, hablando de los súbditos de «Guaynacava», se expresa así:

«Que en servicio suyo hicieron dos caminos en el Perú, tan señalados, que no es justo que se queden en olvido, porque ninguna de aquellas que los autores antiguos contaron por las siete obras señaladas del mundo, se hizo con tanta dificultad y trabajo y costa como ellas.

«Cuando este Guaynacava fué desde la ciudad del Cuzco con su ejército a conquistar la Provincia de Quito, que hay cerca de 500 leguas de distancia, como iba por la Sierra, tuvo grandes dificultades en el pasaje por causa de los malos caminos y grandes quebradas y despeñaderos que había en la Sierra por do iba. Y así, pareciéndoles a los in-

dios que era justo hacerle camino nuevo por donde volviese victorioso de la Conquista, le hicieron un camino por toda la Cordillera, muy ancho y llano, rompiendo e igualando las peñas donde era menester; e igualando y subiendo las quebradas, de mampostería, tanto, que algunas veces subían la labor desde 15 y 20 estados de hondo, y así dura este camino por espacio de las 500 leguas.

«Y dicen que era tan llano cuando se acabó que podía ir una carreta por él.»

Y Zárate, al cual no hemos conservado su escritura en obsequio a una lectura más fácil, después de comparar el trabajo y costo de dos leguas de camino practicado en las sierras, entre Espinar de Segovia y Guadarrama, en España, por donde los Reyes de Castilla pasaban con sus casas y corte siempre que iban a Andalucía o volvían de ella, agrega:

«Y no contentos con haber hecho tan insigne obra, cuando otra vez el mismo Guaynacava quiso volver a visitar la Provincia de Quito, a que era muy aficionado por haberla él conquistado, tomó por los llanos y los indios le hicieron en ellos otros caminos de tanta dificultad como el de la Sierra; porque en todos los valles donde alcanzaba la frescura de los ríos y arboledas que, como arriba está dicho, comunmente ocupaba una legua, hicieron un camino que casi tiene 40 pies de ancho con muy gruesas tapias de un cabo y del otro y 4 o 5 tapias en alto y, en saliendo a los valles, continuaban el mismo camino por los arenales, hincando palos y estacas por cordel, para que no se pudiese perder el camino, ni torcer a un cabo, ni a otro, el cual dura las mismas 500 leguas que el de la Sierra. Y, aunque los palos de los arenales están rompidos en muchas partes, porque los españoles en tiempo de guerra y

de paz hacían con ellos lumbre; pero las paredes de los valles se están en el día de hoy en las más partes enteras, por donde se puede juzgar la grandeza del edificio.

«Y así fué por el uno y vino por el otro Guaynacava, teniéndole siempre, por donde había de pasar, cubierto y sembrado con ramos y flores de muy suave olor.»

Después de esta descripción podemos preguntarnos: ¿hay algo más colosal que esta obra verdaderamente prodigiosa?

¿Podríamos medir el inmenso esfuerzo desarrollado por las multitudes empleadas en semejante obra, para honra de sus monarcas, que por camino sembrado de flores podían salir desde Quito hasta Santiago, confines de su Imperio?

Francamente nuestra admiración, por grande que sea, nunca será tanta que podamos medir el empuje de una raza que dominaba y civilizaba a los pueblos y que mantenía para ellos un gobierno paternal y blando, al mismo tiempo que les creaba progreso y bienestar, como ocurrió con las tribus que habitaban en Chile.

Cieza de León, tratando del camino de los llanos, da asimismo interesantes noticias sobre él, y dice:

«Y en estos valles y en la Costa los Caciques y Principales, por su mandado, hicieron un camino tan ancho como 15 pies.»

Pero no llegaba a lo ya dicho solamente la obra de que venimos tratando, porque los Incas establecieron, a lo largo, depósitos enormes de provisiones, que estaban destinadas a los ejércitos y a los refuerzos para ellos, o a las expediciones militares que decretaban estos monarcas.

Todos los autores están contestes en que existían estos almacenes de guerra, así como todos los autores están de

acuerdo en juzgar esta obra del Camino del Inca como realmente prodigiosa.

No lo están, sin embargo, en las dimensiones de ella, porque le dan un ancho que varía mucho, así como tampoco en su longitud. En todo caso, la ingeniería moderna puede muy bien establecer las dimensiones exactas, como ocurre con la sección que atraviesa el Desierto de Atacama, medida en forma que no se puede discutir.

Sea como fuere, el hecho es que el verdadero «Camino del Inca», la vía que en Chile conocemos por tal, principia en el Licancaur y termina en las goteras de Copiapó.

Caminos construyeron muchos los Incas, y se comprende muy bien que así fuera, porque el opulento Imperio «Tavantisuyo», que significa las cuatro partes del mundo, estaba formado por una raza inteligente, laboriosa y rica.

Y los caminos éstos, que fueron una maravilla, se construyeron también en Chile; pero repetimos, el «Camino del Inca», la calzada de piedra, la obra que nos ocupa y para el estudio de la cual deseamos allegar antecedentes, es la sección del Desierto de Atacama, que es parte de la inmensa doble vía que partía de Quito y pasando por Lima llegaba al Cuzco y de aquí, bifurcándose, atravesaba el silencioso e imponente Despoblado y corría también por las ásperas gargantas de los Andes, para llegar a Copiapó y terminar en Santiago.

Cuando me dirigí a don Joaquín Santa Cruz, distinguido Intendente de Coquimbo, para rogarle algunas noticias sobre el particular, me contestó una carta interesante, en la que me habla sobre «los Caminos del Inca».

Me dice que el camino más recto parece haber sido el que viniendo de Vallenar (Paitanaza) pasa por Chincoles,

Condoriaco, Marquesa, Poya (La Calera), Arrayán, Andacollo (Anta-Collo), Samo Alto, etc. Este sigue más o menos recto hasta Colina, donde se une con el que, por Tiltil, viene de Limache, Quillota, etc., o de la Costa.

En el primero se encuentran principalmente lo que los títulos antiguos llaman «los tambos» o «tambillos del Inca». Son éstos especie de corrales de pircas de piedra donde las tropas dormían al aire libre, pero al abrigo del viento frío de las alturas. Hay en Coquimbo, como en Atacama, muchos de esos tambos que han dado su nombre a varias haciendas en el Norte y Sur de Chile.

Había, además, otro camino que podría llamarse andino, que va siempre por los altos valles de la Cordillera siguiendo quebradas longitudinales y a una altura no inferior a 2,000 metros sobre el mar.

También existen en él «tambillos», o sea, tambos chicos, ya que los Incas, parece, hacían diferencia en ellos, denominando tambos a los refugios que podían contener tropa numerosa, y tambillos a los refugios más reducidos.

Este camino viene de Huasco Alto, pasa al interior de la ciudad de Vicuña y sigue a Hurtado y antiguos pueblos de Carén hasta Chuapa Alto, para ir por Alicahue.

Todos estos caminos tienen agua suficiente en todas las jornadas, que son generalmente de 5 a 7 leguas.

Y en un interesante capítulo de su obra en preparación *Historia de la Serena,* escribe el señor Santa Cruz:

«Trajeron los Incas, como de costumbre, pueblos enteros desde el Perú para colonizar el país conquistado. Esos pueblos quedaron en los caminos llamados del Inca y que servían a las comunicaciones de ellos hasta el Cuzco. Los tambos o posadas para las tropas en marcha eran luego asiento de indios que cuidaban del camino, de los víveres

y había en ellos autoridades para recoger el tributo que cada súbdito debía a su Señor.

«Los Incas traficaron por todo Chile por dos caminos: uno llamado de la Costa y otro mediterráneo o del interior, que son los mismos que hoy se siguen en el norte y centro de Chile. Había y hay todavía otro camino que llamaremos «caletero» y que va por la orilla del mar y es el que siguen de Norte a Sur los changos pescadores y algunos escasos viajeros, y que eran recorridos generalmente a pie por los naturales de la costa, o sea, los aborígenes de Chile».

Y más adelante, en nota, agrega que ha tenido noticias de personas que han recorrido este camino, saliendo del Cobre (Antofagasta) hasta Caldera. El señor Santa Cruz expresa que él mismo lo ha seguido entre Caldera y cercanías de Carrizal.

Segun el mismo señor, el Camino del Inca de la Costa llegaba al pueblo de Coquimbo y de aquí a Tongoy, Quilimarí, Ligua, Quillota, la Dormida y, en Colina, se unía al camino que venía de Chacabuco.

El del interior venía por Paitanaza (equivalente a paraje de árboles gruesos) en el valle del Huasco, punto en que Don Pedro de Valdivia se detuvo por ocho días a fines de 1540, a su entrada a Chile, para recibir el homenaje de los naturales. Es el Vallenar de hoy, fundado por el Presidente don Ambrosio O'Higgins, en recuerdo del título de Barón de Ballenarey que don Ambrosio acababa de recibir de la Corona, tomado de la aldea del mismo nombre en el Condado de Meath, Irlanda, patria del Presidente.

Ignoro porque el señor Santa Cruz denomina Paitanaza

este asiento de indios, cuando Paitanas parece ser su verdadero nombre.

El camino del interior venía, como dijimos antes, por Paitanas a Combarbalá, Illapel, Putaendo, Quilpué (de Aconcagua), Curimón (pie negro) y de aquí, por Chacabuco, a Colina, primitivamente asiento de una colonia de súbditos del Inca, de la que fué Gobernador «Coliruna», en quichua, jefe de bríos, y que los españoles alteraron en Colina, y finalmente a Santiago.

Este camino lo llamaban «Camino de Chuapa» y de la Ligua al de la Costa, que el señor Santa Cruz dice que fué el que siguió Valdivia al entrar en Chile.

Las *Reales Ordenanzas, Instrucciones y Reglamentos aprobados por el Rey de España para el Gobierno y manejo de la Renta de Estafetas, Correos y Postas del Perú y Chile,* impreso en Lima por el año 1779, dan el itinerario de los reales correos desde la ciudad del Cuzco a la de Santiago, demarcando así uno de los grandes caminos mandados construir por los Incas. Dicho itinerario, que daremos al fin de estos apuntes, tiene verdadero interés.

Es tiempo ya que nos concretemos al histórico Camino del Inca, enlazado en la gran red de las comunicaciones que existían a la época de la conquista de América por las armas de España.

El primer trabajo geográfico sobre Atacama es de don Cristóbal de Molina, del cual hemos ya hablado. Este sacerdote vino con don Diego de Almagro al descubrimiento de Chile. También hemos dicho que ese documento se perdió o se halla ignorado; no obstante, se nos ha asegurado que existe en una biblioteca de Estados Unidos de Norte América, noticia que sería muy importante confirmar por el gran valor histórico de él.

El Padre Ovalle nada nos proporciona, porque no va más allá de las cercanías de Copiapó.

Ignacio de León Garavito, fraile dominico, escribió sobre Atacama «con datos curiosísimos y del mayor interés histórico» para esta región. No hemos logrado consultar esta relación.

Pissis, Phillipi y los que le siguieron, no dedicaron especial atención al estudio de este camino y, si lo mencionan, es muy al pasar.

Pero hay un ingeniero, que en medio de sus complicados trabajos de reconocimiento del Desierto, que produjeron la carta más exacta y minuciosa de toda la región de Atacama y de sus cordilleras, pensó que debía salvar del olvido el «Camino del Inca», y resolvió recorrerlo y trazarlo en su mapa del Desierto.

Este ingeniero fué don Francisco J. San Román.

Pero escuchemos primeramente a otros autores que nos procuran interesantes informes acerca de la famosa construcción y, en seguida, vendremos a San Román.

El señor Sayago, en su *Historia de Copiapó*, se refiere al camino en cuestión en los siguientes términos:

«El valle de Copayapu quedó comunicado con el resto del Imperio por un camino cuyo trazado se nota todavía en las faldas del cerro de Chanchoquin y en largos trechos del desierto; con motivo de las piedras sacadas de su sendero, ancho de poco más de medio metro, y acumuladas a los lados, se le conoce desde alguna distancia por su línea recta, que cruza los llanos, baja las quebradas y asciende las lomas y los cerros.»

Otra información de la primera mitad del siglo pasado contradice al señor Sayago respecto a la remoción de las piedras, porque deja dicho con toda claridad que las pie-

dras que forman el Camino del Inca no aparecen removidas en ninguna parte.

El señor Sayago describe el camino y dice que de jornada en jornada existía un tambo, corrupción de la palabra quichua «tampu» o «tumbu», posada o sitio de abrigo y refresco en un camino. Aquí encontraban los viajeros alojamiento y recursos y se turnaban los «chasques» o correos para la trasmisión de las órdenes o mensajes de los Incas y las comunicaciones que dirigían al Monarca los Curacas o Gobernadores de las Provincias del Imperio.

Los correos hacían una carrera de 30 kilómetros más o menos, porque ésta era la distancia que generalmente guardaban entre sí los referidos tambos.

Al Norte de Tres Puntas se encuentra Incahuasi o casa del Inca, y aquí, casi en la medianía del Desierto, debió existir uno de los más espaciosos.

El de Copayapu estaba situado, según el señor Sayago, en las cercanías de un cerrito redondo, desprendido de la sierra, en las goteras de Copiapó. De este punto llamado «Tambillos del Inca», emprendían los chasques su carrera hácia el valle de Paitanas, que Alcedo denomina «Paitanaba», en que más tarde se fundó la ciudad de Vallenar.

Lo que caracteriza el camino que se denomina «del Inca» es su construcción, o sea, una calzada de piedra ajustada, de un ancho no mayor de un metro cincuenta centímetros y de forma cóncava. Los otros caminos de que hemos tratado son de otro género, en los cuales no se empleó la piedra en las condiciones que se ve en el camino del Desierto.

San Román, como ya lo expresamos, reconoció el Camino del Inca y dice en su obra ya citada:

«El día 6 de Octubre de 1883, caminábamos hácia el cerro del Incaguasi, siguiendo el curso del famoso *Camino del Inca*, que hasta allí había podido ser satisfactoriamente trazado de jornada en jornada, recorriéndolo donde era posible, buscándolo donde se ocultaba a la vista por los accidentes del terreno o desaparecía borrado por la consistencia del suelo o la accion del tiempo, y de todas maneras cerciorándonos de su existencia y de su curso para poder trazarlo, si era posible, palmo a palmo, en toda su extensión.

«Tales instrucciones eran comunes a todos los miembros de la comisión, a fin de no perder un detalle de esta importante histórica vía de los tiempos incásicos, tan notable por la rigorosa exactitud de su orientación y por tantos motivos interesante, digna de ser escrita en sus detalles y trazada en los mapas para perpetua recordación, arrancándola al olvido y a los estragos del tiempo.

«No es este el lugar para ocuparse de ella, sino la mera ocasión de recordarla como incidente de viaje en esta rápida relación de los principales itinerarios, o más bien dicho, del itinerario general seguido en el plan trazado a los trabajos de la comisión exploradora.

«El Camino del Inca arranca de los tambillos, en Copiapó, y sigue rumbo general y constante de 22 grados al Este del meridiano astronómico hasta el pie del Licancaur, a 580 kilómetros de distancia.»

Y luego, San Román da un trazado que podemos concretar así:

De Copiapó mismo se dirige el camino al Norte, al portezuelo de la mina Toro, para seguir al del Inca.

Pero, para mejor indicar la dirección de la vía, daremos los puntos de referencia:

1) Copiapó a Tres Puntas, a una altura de más o menos 2,500 metros sobre el mar, como a 80 kilómetros al Noreste de Copiapó. En este mineral de Tres Puntas está el asiento de la aldeíta denominada «Pueblo del Inca», nombre que no explicaremos por su fácil traducción; vecino a ésta se halla el mineral de «Inca de Oro». La aldeíta se titula así, precisamente porque está asentada sobre el camino.

2) A Finca de Chañaral, al Sur de Río Salado. Es un pequeño valle plantado de viñas, cañas y rodeado de áspera serranía. Este punto está situado como a 40 kilómetros de Tres Puntas.

La Finca de Chañaral es un verdadero oasis en el desierto «el lugar encantado del Desierto», como San Román lo llama.

3) A Doña Inés, al Sur del volcán del mismo nombre.

La tradición dice que, cuando Don Pedro de Valdivia vino en 1540 a la conquista de Chile, aquí descansó y con él y su hueste esforzada, Doña Inés de Suárez, en memoria de la cual se nombró así el pequeño poblado.

4) A la Encantada, quebrada con escasos pastos, alguna verdura y buena agua.

5) Al Juncal, al N.E. del Departamento de Chañaral, con abudante agua y mediano forraje. Sus contornos están bordeados de juncos silvestres y debió su nombre a esta circunstancia. Juncal se traduce «paraje de juncos».

El camino sigue en línea muy recta hasta Zorras Viejas, ascendiendo el cabezo sur de la alta y escarpada cordillera de Domeyko, para bajar nuevamente a la calcinada llanura, volver a subir los altos de Puquios y caer de

nuevo a la aldea de este nombre, a 1,238 metros sobre el mar.

Los contornos de Puquios son serranías sumamente ásperas. Vecino a la pequeña aldea se levanta un cerro, como a 3,500 metros, y en sus cercanías, el casi desaparecido pueblo de indígenas que tuvo asiento al lado de unos ojos de agua denominados «puquius», en quichua y que se transformó en Puquios.

6) A Tilopozo, en la extremidad austral del Gran Salar de Atacama, a 2,400 metros sobre el mar. Un fontamar en forma de pozo da su nombre al paraje, del cual se desprende escaso y salobre caudal de agua, que luego se pierde en un pantano.

7) A Tilomonte, a cortísima distancia de Tilopozo, casi a igual altura que éste, manchado de algarrobos y chañares. Algunas siembras, que fecunda modesto arroyo que marcha a morir en el Gran Salar de Atacama.

8) Al pie del Licancaur, límite actual con Bolivia.

San Román, en su mapa del Desierto, no marca hasta aquí el Camino del Inca sino hasta Tilomonte; pero dicho ingeniero es bastante explícito al expresar que, «sigue rumbo general y constante de 22 grados al Este del meridiano astronómico hasta el pie del Licancaur».

Cerca de Tilomonte, a la orilla misma del Salar, el Camino del Inca trepa por la falda de la Cordillera y se convierte a poco andar en modesto camino, abandonando su noble vestidura de piedra ajustada.

De modo, pues, que el trazado de San Román puede resumirse como sigue:

Copiapó a Placilla del Inca.
» Finca de Chañaral.
» Agua del Panul.
» Agua del Carrizo.
» Agua del Juncal.
» Vegas de Incahuasi.
» Río Frío.
» Pajonal.
» Puquios.
» Tilopozo.
» Tilomonte y
» Licancaur.

Una última consideración acerca de esta obra magna decretada por la voluntad poderosa de un Emperador que era el Señor Soberano de una raza evidentemente emprendedora y animosa.

El Camino del Inca casi es una recta en el inmenso llano seco y estéril. La calzada de piedra baja al llano, desciende a las depresiones del terreno, vuelve a subir al terreno plano y libre para ir más allá, a la alta montaña a cuya cima llega, y volver a bajar por sus flancos, siempre recta, siempre sólida, siempre imponente.

Los incas ejecutaron esta obra con una capacidad indiscutible. Todo lo calcularon, todo lo previeron: el abastecimiento de agua, la distancia de un tambo a otro y las menores necesidades de las tropas que transitaban esta ruta verdaderamente monumental, y las exigencias de los correos o de las escoltas del tributo de la provincia de Chile.

Daremos término al trabajo que la Sociedad de Historia nos ha hecho el honor de confiarnos, con el curioso

itinerario de los correos, que registran las *Reales Ordenanzas* de que tratamos en páginas anteriores. En nuestro concepto, tiene el mérito especial de ilustrarnos acerca de la dirección de uno de los grandes caminos trabajados por los Incas.

Se advierte inmediatamente que la ruta seguida por los correos reales, desde Pueblo de Peine, es justamente el Camino del Inca, y esta circunstancia es precisamente la parte más interesante que nos ofrece el recordado itinerario, como vamos a verlo:

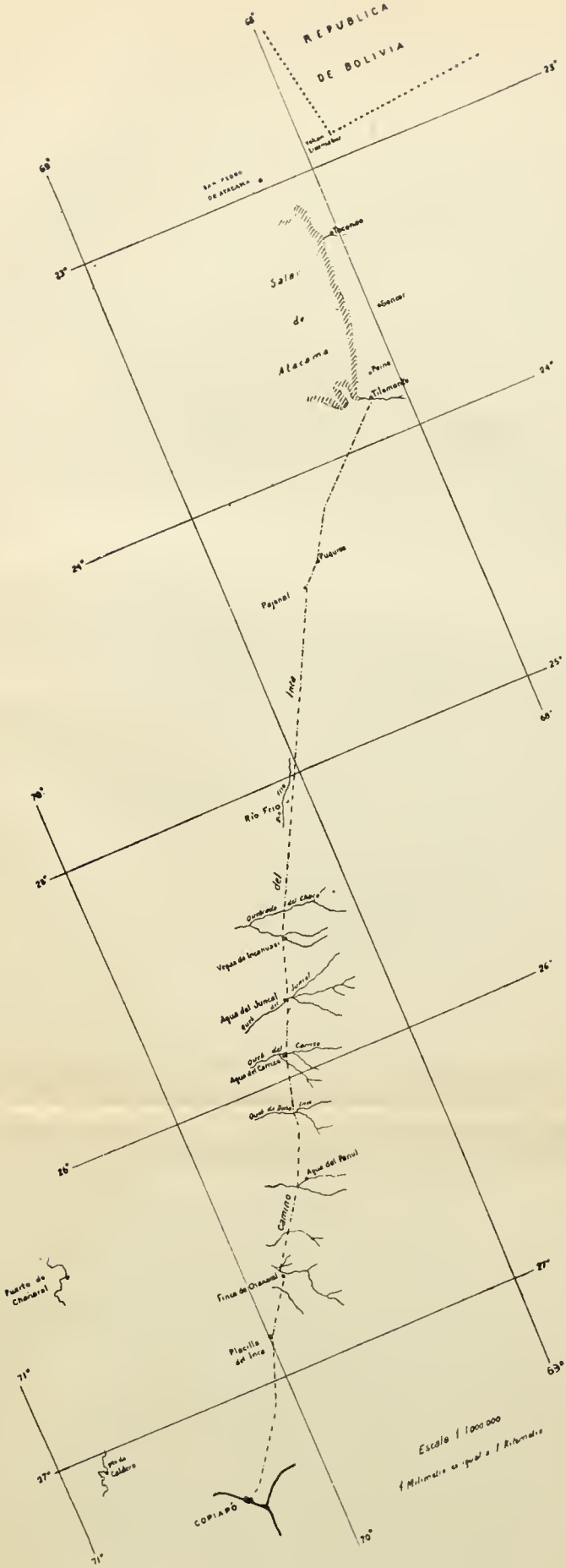
Cuzco a Paruro.....	8	leguas
Araipalpa.....	3	»
Chiriguay.....	3	»
Accha.....	3	»
Macpi.....	6	»
Tinco.....	5	»
Velille.....	6	»
Caylloma.....	24	»
Sani.....	8	»
Chibay	8	»
Estancia de Togra.....	6	»
Canagua.....	6	»
Arequipa.....	12	»
Tambo.....	24	»
Al Morro.....	10	»
Puquina.....	14	»
Moquegua.....	2	»
Sitana.....	12	»
Sama.....	9	»
Tacna.....	9	»
Arica.....	12	»

Chaca	10	leguas
Camarones	9	»
Chesa	7	»
Tana	7	»
Aroma	14	»
Tarapacá	6	»
Pica	16	»
Chacarilla	11	»
Caya	8	»
Copaquire	6	»
Miño	9	»
Río de Santa Bárbara	10	»
Pueblo de Santa Bárbara	7	»
Pueblo de Chiuchiu	12	»
Atacama Alta	18	»
Tambillo	5	»
Carvajal	8	»
Pueblo de Peine	10	»

DESPOBLADO QUE LLAMAN DE ATACAMA

Tilo	5	leguas
Agua de Pajaritos	16	»
Guanaquero grande	8	»
Zorras	6	»
San Juanito	6	»
La Encantada	6	»
Aguas Blancas	8	»
Río Frío	9	»
Vaquillas	9	»
Pasto Cerrado	12	»
Los Puquios	8	»
Chañaral	12	»

REPUBLICA
DE BOLIVIA
68°
23°
69°
23°
SAN PEDRO
DE ATACAMA
Volcan Licancabur
Tocenao
Salar
de
Atacama
Sencor



Francisco J. San Román

El Camino del Inca

Camino del Inca

Copiapó	18	leguas
Guasco	50	»
Vallenar	22	»
Los Choros	8	»
Yerba Buena	10	»
Coquimbo	12	»
Los Camarones	14	»
Barraza	12	»
La Peña Blanca	6	»
Las Amolanas	12	»
La Canela	9	»
Mincha	8	»
Conchalí	12	»
Quilimarí	8	»
La Ligua	10	»
El Melón	8	»
Quillota	6	»
La Dormida	10	»
Tiltil	6	»
Santiago	14	»
	723	leguas

Después de dar cabida en estos apuntes al documento que se acaba de leer, sólo me resta agregar el calco en tela del trazado del «Camino del Inca» que San Román da en su mapa del desierto de Atacama, que coincide por entero con el itinerario designado a los reales correos de la época colonial.

Con los antecedentes que hemos dado, puede establecerse del modo más concluyente que el «Camino del Inca» es el que reconoció y trazó San Román.

Al llegar al término de mi tarea debo manifestar que

estoy muy lejos de haber podido trabajar un estudio acerca de este tema, superior a mis conocimientos y a mi preparacion, escasa por cierto, para abordar una materia de innegable importancia.

Lo hecho constituye únicamente lo que en rigor puedo llamar meros antecedentes o noticias, que entrego al benévolo juicio de los que se han dignado escuchar esta lectura.

MANUEL M. MAGALLANES.

Santiago, 19 de Junio de 1912.

Impreso ya el trabajo anterior, he recibido las dos interesantes cartas que siguen, que se refieren exclusivamente a la cuestión en él tratada:

«La Serena, Julio 9 de 1912.—Señor D. Manuel M. Magallanes.—Santiago.—Estimado amigo y colega:

«Revisando mis apuntes sobre el Camino del Inca, me encuentro con que el Maestre de Campo Miguel Olavarría, dice que los incas hicieron su entrada a Chile (con el ejército grande) «por la Gobernación de Tucumán y acometieron al pasar la cordillera nevada por el mismo camino que usaron los españoles, desde Mendoza y San Juan a la ciudad de Santiago, *según hoy se ve* y yo *lo he visto* por las ruinas que parecen de los grandes edificios de paredones que hacían en los alojamientos (tambos) de cada día, a su usanza, demostraciones de su poder y bárbara pujanza, continuando los dichos edificios *aún en lo más áspero de la dicha gran cordillera*», etc., etc.

«Se comprende perfectamente que un gran ejército no podía venir por el desierto de Atacama, y que era más fácil venir por la Argentina, más o menos como vino la expedición Camus en 1891.

«Se explican así también los lugares llamados *Puente* y *Baños* del *Inca* y la *Laguna del Inca*, en el paso de Uspallata.

«Afirma también Olavarría, que los incas llegaron hasta el Río Claro (Yumbel) «como hoy se ve haber llegado hasta el dicho rio *por los fuertes que hicieron en el cerro del Rio Claro*»...

«Olavarría escribió en 1594 y conoció a varios indios viejos que estuvieron en la batalla que los araucanos dieron á los peruanos en los llanos cerca del Maule, (¿Loncomilla?)

Lo saluda su afmo. amigo.—*Joaquín Santa Cruz.*»

«La Serena, Julio 22 de 1912.—Señor D. Manuel M. Magallanes.—Santiago.— Estimado señor y amigo:

«Hoy recién recibo su carta y me apresuro a darle las gracias por sus benévolos conceptos, y a agregarle algunas explicaciones sobre el Camino del Inca.

«Es indudable que las tropas del Inca tomaron varios caminos para venir à Chile. El primero usado es el del Desierto de Atacama, que era el de comunicación de los atacameños que poblaron las provincias de Atacama y Coquimbo, como lo manifiestan los nombres de lugares y de los pobladores anteriores a los incas. Estos indios atacameños-calchaquíes llegaban a Copiapó en siete días,

pero en pequeñas partidas, como lo hizo Almagro (1), y Valdivia después. Este camino, por su escasez de aguas y de pastos, no se prestaba a la marcha de un ejército. Los incas, en consecuencia, sólo han podido enviar por el camino del Desierto a sus exploradores o su vanguardia, o sus correos posteriores. Las demás tropas expedicionarias han venido por el Camino del Inca, al oriente de la cordillera, donde tienen un primer paso que frecuentan los arrieros que van a Taltal, y atravesando la Puna de Atacama por las vegas del Chaco y del *Incahuasi* (alojamiento del Inca), siguen de ahí al sur por las vegas de la Encantada, Pueblo Hundido, Chañaral Alto, el *Inca*, de Tres Puntas y de Llampos, y de ahí a Copiapó. En todo este trayecto, desde Incahuasi, el Camino del Inca es visible en Chile y ya puede venir tropa por él y hay grandes *tambos* de pircas en todo su trayecto.

«La pasada que hay más al sur es la de los valles que bajan a Copiapó. Una de ellas está un poco más al sur del Paso de San Francisco y entra por el valle de Cazadero, al lado del gran cerro de *Incahuasi* (1). Ahí existen los lugares de *Tambo* y *Tambería*, con todos los caracteres de grandes alojamientos y con aguas y pastos en el trayecto para ir con llamas de carga. Se cree que Almagro pasó por este puerto viniendo a Chile. El camino desde Tucumán viene más al sur y atraviesa la cordillera en las vertientes del rio Copiapó, donde también hay Tambos.

«Frente a Coquimbo están los pasos del Rio Turbio i el rio *Incahuasi* y portezuelo del mismo nombre. Hay ahí el mejor camino de cordillera del valle de Coquimbo.

---

(1) A la vuelta al Perú.

«En Ovalle también hay otro *Incahuasi* a la cordillera, y por último, el de Uspallata, que parece haber sido el de mayores recursos para el paso de un ejército, como se probó con el Ejército unido en 1817.

Hay, pues, que distinguir entre el Camino del Inca de Chile y el Camino del Inca por la Argentina, que llega hasta Uspallata y ahí atraviesa la cordillera.

«Lo saluda su amigo y S. S.—*Joaquín Santa Cruz*».

---

(1) Distinto del de Taltal.

Obras consultadas

PHILLIPI, *Viaje al Desierto de Atacama.*
MEDINA, *Mapoteca Chilena.*
BARROS ARANA, *Historia General de Chile.*
VALDÉS VERGARA, *Historia de Chile.*
SAYAGO, *Historia de Copiapó.*
PAZ SOLDÁN, *Geografía del Perú.*
PISSIS, *Geografía física de Chile.*
SAN ROMÁN, *Desierto y Cordillera de Atacama.*
ANTONIO ALCEDO, *Diccionario Geográfico e Histórico de América.*
ASTABURUAGA, *Diccionario Geográfico de Chile.*
PRESCOTT, *Conquista del Perú.*
GARCILAZO DE LA VEGA, *Comentarios Reales.*
CIEZA DE LEÓN, *Crónica del Perú.*
CALIXTO BUSTAMANTE CARLOS, INCA, *El Lazarillo de ciegos caminantes.*
BARROS BORGOÑO, *Curso de Historia General.*
Reales ordenanzas para la Renta de Estafetas, Correos y Postas del Reyno del Perú y Chile.
SAN ROMÁN, *Cuestiones de Límites.*
MELCHOR JUFRÉ DEL AGUILA, *Compendio Histórico del Descubrimiento y Conquista del Reyno de Chile.*